

LEGADO ^{EN} MOVIMIENTO



EL SALVACIONISTA

Fundadores

William y Catherine Booth

General

Lyndon Buckingham

Líderes Territoriales

Coroneles Luz y Alex Nesterenko

Secretario en Jefe

Tte. Coronel Pedro Sánchez

Territorio Oeste de Sudamérica

Chile, Perú, Bolivia y Ecuador.

Correo electrónico

saw.jefatura@saw.salvationarmy.org

Sitio Web

www.salvacionistas.org



¿Qué es el Ejército de Salvación?

El Ejército de Salvación, un movimiento internacional, es una parte evangélica de la Iglesia Cristiana universal.

Su mensaje está basado en la Biblia. Su ministerio está motivado por su amor a Dios. Su misión es predicar el Evangelio del Señor Jesucristo y suplir las necesidades humanas en Su nombre, sin ningún tipo de discriminación.

EN ESTA EDICIÓN

NO SOMOS MUSEO, SOMOS MISIÓN

pág. 4

UNIFORME, BOMBO Y WIFI

pág. 7

¿SOMOS UNA TROPA O UNA COMUNIDAD?

pág. 10

CATHERINE BOOTH EN EL 2025

pág. 12

ENTRE EL ALTAR, LA CALLE Y LA
COMPASIÓN

pág. 15

HISTORIAS QUE NO SABÍAS

pág. 18

Participa con nosotros enviando tus peticiones de oración, sugerencias o comentarios al correo:

saw.jefatura@saw.salvationarmy.org



Julio no es cualquier mes.

Es el mes en que recordamos que no nacimos ayer, que somos parte de una historia más grande que nosotros, más antigua que nuestras reuniones, más profunda que nuestras estructuras, y más impactante que nuestros programas. Pero también, y esto es aún más urgente, es el mes para preguntarnos si ese legado **aún se mueve entre nosotros.**

Este número especial de El Salvacionista no es una colección de recuerdos ni una galería de trofeos, es un llamado. Un espejo. Una provocación. Porque si bien agradecemos por la historia que nos trajo hasta aquí, también sabemos que **la historia que más importa es la que estamos escribiendo ahora.**

¿Dónde está tu altar hoy? ¿Está encendido tu fuego interior o solo estás cumpliendo con la rutina? ¿Reconoces el uniforme que llevas como una señal de compasión activa o simplemente como una prenda más del domingo? ¿Te sientes parte de un cuerpo en movimiento o de una organización que se repite?

Este mes del Ejército de Salvación no queremos solo cantar himnos, queremos **recuperar el impulso misionero** que nos distingue. Queremos volver al fuego, al compromiso personal, a la pasión colectiva. Y para eso, necesitamos recordar que somos una iglesia, sí, pero también un movimiento. Un movimiento que va al

frente, que responde al dolor, que no espera que la gente venga sino que va a donde están.

Las páginas que siguen te invitan a reencontrarte con nuestra esencia. Desde la mirada de jóvenes que sirven entre Wi-Fi y uniformes, hasta las voces de historia que casi se nos escapan entre tanta actividad. Desde Catherine Booth imaginada hoy, hasta un llamado directo a revisar nuestro altar interno.

No estamos llamados a custodiar cenizas. Estamos llamados a avivar el fuego.

Ese es el legado que queremos. Un legado en marcha. Un legado que quema, que transforma, que sirve, que salva.

Gracias por seguir caminando. Gracias por seguir creyendo. Gracias por ser parte del Ejército que no se conforma con lo que fue, porque sabe que lo mejor aún está por venir.

Con afecto fraternal - Equipo Editor.



NO SOMOS MUSEO, SOMOS MISIÓN

“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová.” (Isaías 61:1-2)

Cuando era niño, escuché una frase que se clavó en lo más profundo de mi alma: “Mientras existan mujeres que lloran, yo lucharé.” No entendí del todo su peso en ese momento, pero algo en mi corazón ardió. Con los años, esa llama no solo permaneció viva, sino que se hizo más intenso.

Junto a mi esposa, he sido testigo de milagros callados y revoluciones silenciosas. De hombres que se levantaron desde el polvo, de mujeres que redescubrieron su valor, de niños que hallaron esperanza donde solo había oscuridad; jóvenes saliendo de las prisiones de las drogas y el alcohol;

vidas atrapadas que hoy cantan victoria.

Todo gracias a un Jesús que no se quedó en la cruz, sino que vive, y nos llama cada día a seguirle en misión.

Porque este Ejército no es un museo. Es una marcha. Es una llama. Es una historia que sigue escribiéndose con sangre, con sudor, con fe. Con cada brazo extendido hacia el caído y con cada alma llevada a los pies del Salvador. Ahí, donde no hay juicios, solo gracia. Donde no hay cadenas, solo redención.

No escribo estas líneas para hablarte de lo que fue el Territorio Oeste de Sudamérica. Te escribo porque arde en mí el deseo de que recuerdes lo que aún somos: un Ejército de sangre y fuego.

Nuestro Fundador no nos dejó una vitrina para contemplar. Nos dejó una cruz para cargar. Una misión viva,

cruda, urgente. Una llama que no cabe en moldes, porque arde en las calles, en los comedores, en los colegios, en los campamentos, en nuestras Iglesias, en los altares.

Y si alguna vez te preguntas: ¿dónde está el fuego? La respuesta no está en las vitrinas, está en tus rodillas. Está en tu voz. Está en tu llamado. El fuego no murió... solo necesita espacio para arder de nuevo.

Hoy, Dios está haciendo cosas que estremecen el alma, su mano se mueve con poder en cada rincón de nuestro Ejército de Salvación.

En Chile, cuando las llamas consumieron Viña del Mar, los salvacionistas corrieron al frente. Se entregaron miles de platos calientes, comida seca, y con la fuerza del amor, levantamos 50 casas. ¡Fue un acto heroico de fe y compasión! Limpiamos lágrimas, sembramos esperanza, y hablamos de una vida eterna. Nuestras iglesias siguen abiertas... para todos los que buscan el abrazo del Padre.

En Perú, los Comedores de Amor son un faro en medio de la necesidad. Allí, muchos niños reciben el único plato caliente del día. Pero no solo damos comida: damos calor humano, damos Palabra, damos esperanza viva. Nuestros programas sociales son llamas encendidas que gritan: ¡el Buen Pastor sigue buscando al que está perdido!

En Bolivia, los salvacionistas suben a las alturas, y con un megáfono en el alma proclaman: ¡Cristo vive! En El Alto, una carpa se levanta como altar donde nuestra Comunidad aimarista adoran al Salvador. Y en las calles, se



abren los brazos... porque la compasión de Jesús camina entre ellos.

En Ecuador, las mujeres de valor resurgen como rosas eternas. En medio de desafíos, brillan con proyectos que restauran dignidad. Nuestros centros son refugios de amor, donde niños y niñas reciben más que alimento: reciben alegría, cuidado y promesa de futuro.

Y en todo el Territorio, ¡522 mujeres ardieron con el fuego del Espíritu Santo! En un campamento que marcó vidas para siempre, Dios encendió corazones, sanó heridas, reafirmó llamados y envió con poder.

Es el testimonio vivo de que Dios sigue obrando con gloria en medio de su pueblo.

Esto no es pasado. Esto es presente. Esto es legado vivo, vibrante, transformador.

No fuimos llamados a cuidar estructuras, sino a encender corazones. No fuimos llamados a llenar agendas, sino a vaciar el infierno. No fuimos llamados a custodiar tradiciones, sino a desatar una revolución espiritual. Con lágrimas, con gozo, con compasión y con verdad.

Oremos con el alma. Volvamos a caminar con propósito. Vuelve a creer que aún es posible ver a Cristo obrando en lo imposible.

Mientras quede una sola vida que no conozca su nombre... ¡NO NOS DETENDREMOS!

*“Mientras
existan mujeres
que lloran, yo
lucharé...”
William Booth*



Alex Nesterenko
Coronel
Jefe Territorial



UNIFORME, TAMBOR Y WIFI

LA IDENTIDAD SALVACIONISTA EN EL SIGLO XXI

En medio de un mundo hiperconectado, donde las tendencias cambian cada día y las redes sociales marcan el pulso de la cultura, la identidad salvacionista enfrenta nuevos desafíos. El uniforme y el bombo, símbolos tradicionales que durante generaciones han sido señales firmes de fe y pertenencia, hoy conviven, no sin tensiones, con las plataformas digitales, la cultura visual y una juventud que busca autenticidad y propósito.

Para muchos jóvenes del Ejército de Salvación, el uniforme representa una historia que respetan, pero con la que no siempre se identifican. Lo ven como algo formal, a veces incómodo, e incluso desconectado de la realidad que viven. En un tiempo donde la forma de vestir es una extensión de la identidad personal, llevar uniforme puede parecer más una obligación que una expresión voluntaria de fe. Sin embargo, para otros, sigue siendo un

símbolo de compromiso, una manera de decir “pertenezco y creo en esta misión.”

Algo similar ocurre con la música de banda. Aunque sigue emocionando a quienes crecieron escuchando sus melodías en los desfiles y reuniones, las nuevas generaciones están más conectadas con otros estilos. Algunos sienten que las canciones tradicionales del Ejército no reflejan sus vivencias ni hablan su idioma. Aun así, hay quienes las reinventan, fusionándolas con ritmos modernos o produciéndolas con nuevas herramientas, dándoles vida en plataformas como YouTube o Spotify.

Y luego está el WiFi. Más que una herramienta, es parte del día a día. Desde un culto por Zoom, hasta un devocional en TikTok o una cadena de oración por WhatsApp, la espiritualidad también se digitalizó. El acceso a recursos, la conexión con otros creyentes y la posibilidad de compartir



la fe con un clic han roto las barreras físicas. Pero al mismo tiempo, esta misma conectividad puede traer distracción, superficialidad y una fe que corre el riesgo de quedarse en la apariencia.



En este nuevo escenario, muchos jóvenes salvacionistas están buscando nuevas formas de vivir su fe. Ya no se trata solo de asistir al templo o participar en las actividades de siempre, sino de encontrar espacios donde se sientan escuchados, desafiados y acompañados. Algunos lo hacen desde el arte, la música urbana o el activismo social; otros, desde la tecnología, creando contenido, liderando proyectos digitales o utilizando las redes para hablar de justicia, esperanza y salvación.



Por su parte, muchos soldados y oficiales han empezado a reconocer que el lenguaje y las formas del pasado necesitan diálogo con el presente. Que el uniforme, las marchas y los símbolos de siempre siguen teniendo valor, pero deben contextualizarse para seguir siendo significativos. La misión no ha cambiado, pero el mundo sí, y eso requiere apertura, humildad y creatividad.



La identidad salvacionista no está en crisis, está en transformación. Y eso no debe asustarnos. Porque si algo ha caracterizado al Ejército de Salvación desde su origen es su capacidad de adaptarse para seguir sirviendo a los más necesitados y compartiendo el evangelio de manera relevante.

Quizás la clave no está en elegir entre lo tradicional y lo moderno, sino en aprender a integrar. Usar el uniforme con sentido, sin perder autenticidad. Valorar el tambor sin cerrarse a nuevos sonidos. Utilizar el WiFi no solo para entretenerse, sino también para servir, conectar, anunciar y acompañar.

Hoy, la identidad salvacionista se construye en la marcha y en la red, en la plaza y en el post, en la banda y en el beat. Y si hay algo que no ha cambiado, es el llamado: seguir siendo un Ejército dispuesto a luchar por el bien, por la fe y por la transformación del mundo.

Por eso, a cada joven salvacionista: no dejes de usar tu uniforme con orgullo. No porque sea solo parte de una tradición, sino porque refleja una identidad más profunda: la de un pueblo que ha sido salvado por gracia, que ha sido redimido por Cristo y que ahora vive para servir. Nuestra verdadera identidad está en Aquel que murió por nosotros, nos dio una nueva vida y nos envió al mundo como testigos. El uniforme puede ser el símbolo externo, pero el corazón entregado a Jesús es lo que da sentido a todo lo demás.



Mijael Soza
Soldado
Cuerpo Nueva Vida, Bolivia



¿SOMOS UNA TROPA O UNA COMUNIDAD?

Esta pregunta nos lleva a reflexionar sobre la naturaleza y el propósito del Ejército de Salvación. Según la Real Academia Española de la Lengua, "tropa" se refiere a un grupo de personas con un fin determinado (¡lo tenemos!), mientras que "comunidad" se define como un conjunto de personas que comparten intereses o características comunes (¡También lo tenemos!)

En el contexto del Ejército de Salvación, podemos ver que somos tanto una tropa como una comunidad. Como tropa, nos subordinamos al liderazgo de Jesucristo, quien es nuestro Capitán. Nos sujetamos a la autoridad y la dirección de nuestros líderes, desde el oficial directivo hasta el General, y trabajamos juntos para lograr nuestros objetivos y cumplir nuestra misión.

Sin embargo, también somos una comunidad de fe, el pueblo de Dios,

nación Santa que se ha reunido para adorar, servir y compartir la buena noticia de Jesucristo. En esta comunidad, nos apoyamos y nos cuidamos unos a otros, y trabajamos juntos para cumplir nuestra misión de salvar almas, edificar santos y servir a la humanidad que sufre.

En Efesios 5:21, se nos dice que nos sometamos unos a otros en el temor de Dios. Esto significa que, como tropa y comunidad, debemos trabajar en armonía y respeto, sometiéndonos a la autoridad y la dirección de nuestros líderes, pero también apoyándonos y cuidándonos unos a otros.

No obstante, no falta quienes ven al Ejército de Salvación sólo con diferencias y divisiones, a veces creadas por nuestras propias faltas y pecados. Algunos pueden ver a los líderes sólo como "jefes" y a los soldados como "subordinados", lo que puede llevar a una mentalidad de "nosotros" y "ellos".

Pero la realidad es que todos somos “Soldados de Jesucristo”, parte de un mismo cuerpo, unidos en nuestra fe y misión con las diferentes responsabilidades que tenemos en el ministerio. Así como la Palabra de Dios no cambia, la misión no cambia. Lo que somos como Ejército de Salvación no cambia, porque Dios no cambia. El es el mismo ayer, hoy y por los siglos.

En Romanos 12:10, se nos dice que nos amemos los unos a los otros con amor fraternal, y que nos prefiramos unos a otros en cuanto a honra. Esto significa que debemos tratarnos unos a otros con respeto y dignidad, y que debemos trabajar juntos para cumplir nuestra misión con pasión y amor.

¿Cómo podemos crecer como familia espiritual y hacernos más fuertes unos a otros siendo una tropa y una comunidad al servicio de Dios y nuestro prójimo? La respuesta se encuentra en Isaías 43:18-19, donde se nos dice que no nos acordemos de las cosas pasadas, ni traigamos a memoria las cosas antiguas. En su lugar, debemos enfocarnos en lo que Dios está haciendo en nuestro presente y futuro, y debemos trabajar juntos para la misión que se nos encargó.

En el Ejército de Salvación, tenemos una visión clara y firme de salvar almas, edificar santos y servir a la humanidad que sufre. Y sabemos que nada es imposible para Dios, quien nos ha llamado a esta misión. En Mateo 6:33, se nos dice que busquemos primeramente el Reino de Dios y su justicia, y que todo lo demás será añadido. En Lucas 1:37, se nos dice que

nada hay imposible para Dios. Y en Juan 11:40, se nos dice que, si creemos, veremos la gloria de Dios.

Creo firmemente que podemos hacer de nuestro Ejército una tropa y comunidad unida y fortalecida en Cristo, el Capitán de nuestras filas, apoyándonos y cuidándonos unos a otros, y sometiéndonos a la autoridad y la dirección del Espíritu Santo y respetándonos unos a otros.

El llamado a ser tropa y comunidad es para que cada uno de nosotros, contribuyamos más y más a la unidad y el fortalecimiento en el Cuerpo de Cristo, en fe y siempre buscando primeramente el Reino de Dios y su justicia porque lo demás el Señor lo añade conforme a su voluntad.

Mi pregunta al final es ¿estamos todos embarcados en el enfoque principal que es el Señorío de Jesús en nuestras vidas? Tropa o Comunidad, fija tus ojos en Cristo, tan llenos de gracia y amor, y lo terrenal sin valor será, a la luz del Glorioso Señor.



Luz Nesterenko
Coronela
Presidenta Territorial de MMFF

Catherine Booth

en 2025



Los legados verdaderos no se almacenan en museos ni se encierran en biografías. Los legados vivos se reconocen cuando las convicciones de ayer aún estremecen los desafíos de hoy. Y si hablamos de legado en movimiento, pocos nombres resuenan con tanta fuerza como el de la gran Catherine Booth, cofundadora del Ejército de Salvación, profetisa de su tiempo y ejemplo valiente de lo que significa transformar el mundo.

En un mundo que cambia a velocidad vertiginosa, donde las redes sociales moldean opiniones y las injusticias claman desde cada rincón, imaginemos por un instante: ¿Cómo sería fundar hoy un movimiento como el Ejército de Salvación, desde la mirada profética, valiente y apasionada de Catherine Booth?

Este artículo es una invitación a soñar, reflexionar y a actuar. Porque los grandes legados no solo se recuerdan: se viven, se reinventan y se movilizan.

Un legado en movimiento.

Si Catherine Booth viviera en 2025, no se conformaría con honores póstumos ni estatuas. Ella preferiría ver vidas restauradas, comunidades transformadas y un Ejército audible, luchando en la brecha, moderno, valiente, compasivo y por sobre todo bíblico, avanzando en las calles, en los hogares y comunidad. Proclamando el derecho a la vida, el valor del matrimonio, la enseñanza bíblica para nuestros niños y niñas en los centros educativos y la dignidad del Ser humano.

Porque su legado no es estático, y su ejemplo sigue siendo, especialmente para nosotras, las mujeres, un llamado, a levantar la voz, a actuar con fe y a liderar con la convicción de que Dios sigue obrando hoy.

1. Visión Profética que No Envejece

En el idioma griego, la palabra profetisa (προφήτις, *profétis*) describe a aquella que no solo predice, sino que interpreta los tiempos y habla con autoridad divina. Catherine Booth fue, sin duda, una *profétis* para su generación: denunció la hipocresía, la injusticia, los abusos, alzó la voz por los que no la tenían y fundó, junto a su

esposo William, un movimiento de compasión y justicia.

Hoy los ecos de sus escritos como: Cristianismo Agresivo, Vida y Muerte, Camino de nuestro Dios o Cristianismo Popular, causarían gran revuelo en una sociedad en la cual todo es relativo y mas aun dentro de círculos ecuménicos donde la religiosidad tiene mayor peso que las Escrituras y las verdades bíblicas.

Un legado en movimiento es un llamado permanente a salir, servir, hablar y transformar.

Su voz resonaría en redes sociales, en podcasts, en conferencias globales, desafiando al pueblo de Dios a dejar de ser indiferente, recordándonos vivir con valentía el presente.

2. Valentía en Acción, Más Allá del Micrófono

La raíz de la palabra valiente viene del latín *valere*, que significa "ser fuerte", "tener poder". Catherine Booth entendió que la verdadera fuerza no está en la apariencia, sino en la convicción.

En 2025, esa valentía no se limitaría a los sermones. La veríamos en campañas contra la explotación infantil, en refugios para mujeres

POR EL MES DEL EJÉRCITO DE SALVACIÓN

gratis un libro



SCAN ME!

víctimas de violencia, en el liderazgo femenino que rompe techos de cristal, en la firmeza de defender la dignidad humana en cada rincón, tanto real como digital.

3. Catherine Booth en 2025: Liderazgo que Transforma

¿Y si Catherine fundara el Ejército de Salvación hoy? Sería un movimiento audaz, sensible y tecnológico. Las trompetas y tambores sonarían junto a publicaciones virales en redes. Los uniformes caminarían junto a líderes sin etiquetas de género ni jerarquías rígidas. Las "Salas de Conversión" serían grupos en hogares, cafés, y plataformas online donde la gracia de Dios se comparte de forma real y cercana.

Catherine no toleraría un Ejército acomodado a los tiempos o estático. Ella nos recordaría que un legado en movimiento es un llamado permanente a salir, servir, hablar y transformar.

Una mujer Inspiradora

El legado de Catherine Booth sigue vivo, no solo en los libros de historia, sino en cada mujer y hombre que se atreve a soñar, a liderar y a ser valiente. "Dios llama a mujeres y a hombres ¿Quién se atreve a silenciar la voz que Él ha ungido? El mundo no será ganado para Cristo por sermones suaves y una iglesia adormecida" (Evangelismo Agresivo, 1880)

Hoy, más que nunca, el mundo necesita personas valientes, proféticas y compasivas. Personas como Catherine Booth. Personas como tú.



Gipsylla Reyes
Teniente
Cuerpo Central Santiago, Chile



ENTRE EL ALTAR, LA CALLE Y LA COMPASIÓN

MAYOR JOSÉ SOLÓRZANO, S.T. DE COMUNICACIONES

Algunos mensajes no necesitan más introducción que una vida que los respalde. Este artículo no busca hacer compleja la espiritualidad, la misión o el servicio: busca recordarnos que somos el Ejército de Salvación, llamados a vivir entre el altar, la calle y la compasión. Y esas tres realidades no están separadas; están entrelazadas en la historia de cada salvacionista que ha sido alcanzado, restaurado y enviado. Esta es mi historia. Pero también puede ser la tuya.

Muchos dicen que la adolescencia es la etapa en la que se construye o se rompe la identidad. En mi caso, a los 16 años, sentía que algo dentro de mí ya se había roto. La calle, la música, el break dance y el hip hop —expresiones de protesta y desahogo en mi entorno— eran parte de lo que me formaba. Vivía con rabia, con vacío, y sin rumbo. Sabía que Dios existía, incluso que me había protegido en medio de pandillas y peleas, pero no lo conocía. Hasta que

alguien abrió una puerta.

Un joven oficial del Ejército de Salvación, adelantado a su tiempo y con una pasión inusual por la juventud, decidió abrir las puertas de la iglesia para los que bailábamos en la calle. Lo hizo con condiciones muy sencillos, lo hizo con compasión. Fue así como llegué por primera vez al Ejército de Salvación. Él, junto a su sobrino, me presentaron a Jesús no como una teoría, sino como Salvador personal. Yo estaba cansado. Cansado de la vida, del pecado, de mí mismo. Y fue allí, en las escaleras de una casa junto a la casa pastoral, donde se levantó mi primer altar, el lugar menos esperado. Pero fue ahí donde el Espíritu Santo me convenció de pecado, donde la ley hizo su trabajo, me mostro mi verdadera condición, me mostro que necesitaba ser limpiado, lavado por la sangre de Jesús. Y ese día, Jesús me devolvió lo que el enemigo me había quitado: el amor y la esperanza.

El altar, en mi caso, no fue un mueble sagrado; fue el suelo duro de una casa sencilla. Pero ahí, Dios me encontró. Me quebrantó. Me lavó con la sangre de Cristo. Me devolvió la esperanza que el diablo me había arrebatado. Esa fue mi consagración. Desde entonces, entendí que el altar no siempre está en el templo: el altar es el lugar donde un pecador se encuentra con la gracia.

Pero ese encuentro no me eximió del mundo. Tuve que volver a mi barrio. Enfrentar mis amistades. Ser el “diferente”. El Espíritu Santo empezó su obra regeneradora en mí. Yo solo sabía una cosa: ‘Mucho ama al que mucho se le perdona’. Y yo había sido perdonado de mucho. Por eso, le dije a Dios: ‘Quiero servirte el resto de mis días’. Han pasado más de 24 años, y mi amor por Jesús sigue intacto. Aún no entiendo todos sus caminos, pero he aprendido que mi llamado no es entender, sino amar y obedecerle.

La calle es nuestro campo de batalla. Ahí están los que fueron como yo: rotos, enmascarados, con hambre de amor. La calle no es un castigo para los fuertes, es el lugar donde la necesidad de la gracia es más visible, es el lugar donde vamos con fe, con sopa, y con palabras de vida. Ahí proclamamos esperanza donde todo grita abandono. El Ejército fue hecho para la calle, no para quedarse en los templos.

Y lo que lo hace distinto no es solo su uniforme. Es su compasión. Esa compasión que vi en ese oficial cuando, sin entender mi mundo, decidió abrir su espacio. No me pidió cambiar para entrar; me dejó entrar para que Dios me cambiara. Esa obediencia sencilla transformó mi vida. Ese es el método de Cristo: “*Tuvo compasión de ellos... y los sanó.*” (Mateo 14:14)

Hoy, cuando hablo sobre el altar, la calle y la compasión, no pienso en estrategias o métodos. Pienso en el lugar donde Dios me restauró, en las esquinas donde ahora comparto el evangelio, y en los rostros de quienes, como yo, solo necesitan que alguien los vea con ojos de misericordia.

Nuestra identidad salvacionista no se hereda: se vive. Se cultiva en el altar, se prueba en la calle, y se sostiene por la compasión.

Mi oración es que esta generación mantenga ese fuego. Que volvamos al altar con todo el corazón. Que salgamos a las calles sin temor. Y que nunca dejemos que el juicio reemplace a la misericordia.

Entre el altar, la calle y la compasión... ahí quiero seguir viviendo.

*La calle no es
un castigo para
los fuertes, es el
lugar donde la
necesidad de la
gracia es más
visible.*

DÍA DE LOS FUNDADORES

El legado de los Booth





HISTORIAS QUE NO SABÍAS DEL EJÉRCITO DE SALVACIÓN EN ECUADOR

Luego de análisis, conversaciones, tiempo de oración y establecer acuerdos, el CGT del Territorio Oeste de Sud América conformado por Chile, Perú y Bolivia, tomaron la decisión de abrir la obra en Ecuador.

Dieron órdenes de marcha a los Capitanes Eliseo y Remedios Flores, entregando a ellos la bandera salvacionista para iniciar el trabajo en Quito Ecuador, quienes llegaron a la “Mitad del mundo” el 30 de octubre de 1985.

Entre sus primeros desafíos, incluía buscar en donde hospedarse, conocer costumbres, la moneda, su gente y cultura, y aprender a movilizarse en la ciudad.

Otro desafío presentar en la comunidad a la iglesia Ejército de Salvación, entregando el evangelio mediante reuniones de culto y a la par acercarse a las autoridades para

implantar la obra de manera legal frente al gobierno ecuatoriano. Sin embargo, el trámite para que sea iglesia legalmente establecida fue extenso y ya necesitaban que más oficiales extranjeros ingresen al país, convirtiéndose en tiempo muy crítico llevando a mantenerse en constante oración para no ser retirados de Ecuador.

En 1982 la emisora HCJB tenía un ministerio con los hijos de los reclusos en el entonces penal García Moreno, este ministerio fue entregado a nuestra iglesia en 1985 con quienes realizaban Escuela Dominical en los patios del penal, impactando los corazones de las pequeñas vidas que iban a visitar a sus padres los fines de semana; además consiguieron usar las instalaciones del “Campamento Nueva Vida” ubicada en El Valle, para realizar festejos por navidad, otras fechas especiales y campamentos.

En respuesta a oraciones elevadas, el 5 de agosto de 1988 en el gobierno del entonces Presidente Constitucional de la República el ingeniero León Febres Cordero, nuestra iglesia fue aprobada e inscrita legalmente en el registro oficial del Ministerio de Gobierno.

Dando gracias a la intervención de Dios, las puertas se abrieron para que nuestra iglesia Ejército de Salvación llegue y se quede en Ecuador, consiguiendo establecerse en la ciudad de Quito en los barrios: El Pinar bajo, La Colmena, Santa Rita, El Rancho alto, cantón Cayambe y extendiendo la obra a las ciudades de Guayaquil, Manta, Esmeraldas, Riobamba. Una vez legal se abrió la oportunidad para adquirir inmuebles para templos y el trabajo en obra social en convenio con Compassion International y también con el entonces Ministerio de Bienestar Social del gobierno ecuatoriano, para atender a niños de escasos recursos con la oportunidad de compartir el evangelio a sus padres y familiares.

Desde los comienzos de la historia del Ejército de Salvación en Ecuador ha sido respaldado por nuestro amado Dios quien regaló mucha valentía, sabiduría, energía, entusiasmo, ideas innovadoras, fuerzas, corazones “sangre y fuego” para no desmayar en la lucha consiguiendo levantar y mantener la obra, logrando que muchos se rindan a sus pies y entreguen sus vidas al señorío de Jesús. Actualmente en cada Cuerpo hay miembros activos hombres, mujeres y jóvenes enrolados como soldados, algunos sirviendo como oficiales locales, también tenemos miembros niños y niñas enrolados

como jóvenes soldados.

Mi amada iglesia Ejército de Salvación ha sido usada por Dios para que sus miembros hablen acerca de Jesús y su obra de redención por medio de varias estrategias como: bombardeos, marchas de testimonio, sus canciones, los mensajes, uniforme, panderetas, impactando de esta manera mi vida cuando tenía 22 años de edad, acepté a Cristo en mi corazón, siendo perdonada y lavada con su sangre, y así siendo nueva criatura formé parte de las filas teniendo el privilegio de servir a Dios, vistiendo mi lindo uniforme con mucho amor y ver a varios rindiéndose a Jesús, vidas transformadas, unidos en oración, alabanza y adoración, arrimando el hombro, apoyando con tiempo, talentos y tesoros para que la bandera del Ejército de Salvación siga flameando con el respaldo del Espíritu Santo.

Estoy agradecida a Dios por permitir crecer espiritualmente, desarrollar liderazgo, compartir el evangelio y dejar un legado que honre a Dios a las generaciones venideras. La letra del coro “Y si todos trabajamos unidos, unidos que gozo será...” hace eco en mi corazón y confío que en su corazón también mi estimado lector.

“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.” (Marcos 16:15)



Martha Rodríguez
Sargento lro
Cuerpo Quito Sur, Ecuador